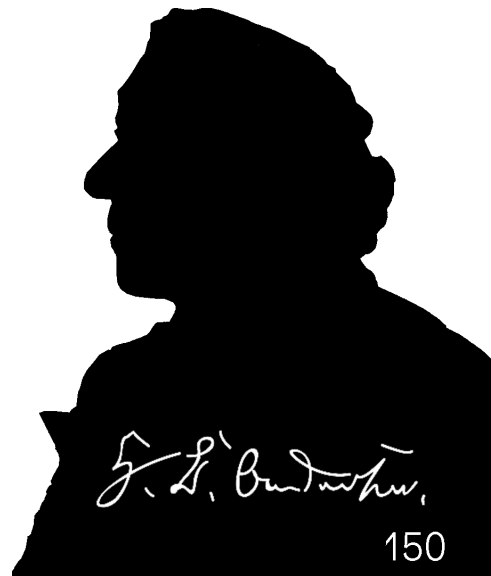


DOSSIER LITERARIO



HANS CHRISTIAN ANDERSEN 2025

1	LA PRINCESA Y EL GUISANTE	2
	Versión original: <i>Prinsessen paa Ærten</i>	3
2	EL TRAJE DEL EMPERADOR	4
	Versión original: <i>Kejserens nye Klæder</i>	6
3	EL SOLDADITO DE PLOMO	8
	Versión original: <i>Den standhaftige Tinsoldat</i>	9
4	EL PATITO FEO	10
	Versión original: <i>Den grimme Ælling</i>	12
5	LA PEQUEÑA VENDEDORA DE CERILLAS	14
	Versión original: <i>Den lille Pige med Svovlstikkerne</i>	15

1. LA PRINCESA Y EL GUISANTE

Érase una vez un príncipe que quería casarse con una princesa, pero ésta tenía que ser una verdadera princesa. Viajó por el mundo entero en busca de una, pero siempre había algo que censurar. Princesas no faltaban, mas ¿eran verdaderas princesas? Él no podía asegurarlo, porque siempre había algo que no estaba como era debido. Y regresó a su país muy triste, ya que le habría gustado casarse con una verdadera princesa.

Una noche hacía un tiempo espantoso. Tronaba y relampagueaba. Llamaron a la puerta del palacio, y el anciano rey fue a abrir.

Era una princesa la que estaba fuera. Pero, Dios, ¡vaya aspecto que tenía con tal lluvia y tal aire! El agua le caía a chorros de los cabellos sobre sus vestidos; le entraba por las punteras de los zapatos, saliéndole por los talones. Pero dijo que era una verdadera princesa.

«Bien, eso lo sabremos pronto», pensó la anciana reina, pero no dijo nada.

Se dirigió al dormitorio, quitó toda la ropa de la cama y depositó un guisante en el fondo del lecho. Luego sacó veinte colchones, los extendió encima del guisante y puso, además, veinte edredones de plumas de ánade encima de los colchones.

Era allí donde tenía que dormir la princesa aquella noche. A la mañana siguiente le preguntaron cómo había dormido.

— ¡Oh, terriblemente mal! —dijo la princesa—. Casi no he cerrado el ojo en toda la noche. ¡Sabe Dios lo que debía haber en la cama! He estado acostada sobre algo muy duro, y tengo el cuerpo lleno de cardenales. ¡Es terrible!

Entonces comprendieron que era una verdadera princesa, puesto que habla sentido el guisante a través de veinte colchones y de otros tantos almohadones de pluma. Sólo una verdadera princesa podía tener la piel tan delicada.

Por tanto, el príncipe la tomó por esposa, pues ahora sabía que había encontrado una verdadera princesa, y el guisante se depositó en la sala de los objetos de arte, donde aún continúa, sin que nadie lo haya cogido.

¡Y ésta sí que es una historia real y verdadera!

(Hans Christian Andersen. “El patito feo”, *Cuentos humorísticos y sentimentales*. Trad. Salvador Bordoy Luque y J. A. Fernández Romero. Arganda del Rey: Edimat, 2000 [T. I. Madrid: Aguilar, 1957], p. 11-12)

Versión original: PRINSESSEN PAA ÆRTEN

Der var engang en Prinds; han vilde have sig en Prindsesse, men det skulde være en *rigtig* Prindsesse. Saa reiste han hele Verden rundt, for at finde saadan en, men allevegne var der noget i Veien, Prindsesser vare der nok af, men om det vare *rigtige* Prindsesser, kunde han ikke ganske komme efter, altid var der noget, som ikke var saa rigtigt. Saa kom han da hjem igjen og var saa bedrøvet, for han vilde saa gjerne have en virkelig Prindsesse.

En Aften blev det da et frygteligt Veir; det lynede og tordnede, Regnen skyllede ned, det var ganske forskrækkeligt! Saa bankede det paa Byens Port, og den gamle Konge gik hen at lukke op.

Det var en Prindsesse, som stod udenfor. Men Gud hvor hun saae ud af Regnen og det onde Veir! Vandet løb ned af hendes Haar og hendes Klæder, og det løb ind af Næsen paa Skoen og ud af Hælen, og saa sagde hun, at hun var en virkelig Prindsesse.

“Ja, det skal vi nok faae at vide!” tænkte den gamle Dronning, men hun sagde ikke noget, gik ind i Sovekammeret, tog alle Sengklæderne af og lagde en Ært paa Bunden af Sengen, derpaa tog hun tyve Matrasser, lagde dem ovenpaa Ærten, og saa endnu tyve Ædderduuns-Dyner oven paa Matrasserne.

Der skulde nu Prindsessen ligge om Natten.

Om Morgenen spurgte de hende, hvorledes hun havde sovet.

“O forskrækkeligt slet!” sagde Prindsessen, “Jeg har næsten ikke lukket mine Øine den hele Nat! Gud veed, hvad der har været i Sengen? Jeg har ligget paa noget haardt, saa jeg er ganske bruun og blaa over min hele Krop! Det er ganske forskrækkeligt!”

Saa kunde de see, at det var en rigtig Prindsesse, da hun gjennem de tyve Matrasser og de tyve Ædderduuns Dyner havde mærket Ærten. Saa ømskindet kunde der ingen være, uden en virkelig Prindsesse.

Prindsen tog hende da til Kone, for nu vidste han, at han havde en rigtig Prindsesse, og Ærten kom paa Kunstkammeret, hvor den endnu er at see, dersom ingen har taget den.

See, det var en rigtig Historie!

(Hans Christian Andersen. “Prinsessen paa Ærten”, *Eventyr, fortalte for Børn*. Ny Samling. Første Hefte. København: C.A. Reitzel, 8. maj 1835, p. 41-42)

2. EL TRAJE DEL EMPERADOR

... los estafadores le pidieron que tuviera la gentileza de acercarse y le preguntaron si no era un bonito diseño y unos hermosos colores. Entonces apuntaron hacia el telar vacío y el pobre viejo ministro siguió abriendo desmesuradamente los ojos, pero no podía ver nada, porque nada había.

«Señor Dios —pensó— ¿será que soy estúpido? No me lo hubiera imaginado nunca y en todo caso nadie lo puede saber. ¿Será que no sirvo para mi cargo? No, no conviene decir que no puedo ver la tela».

—Bueno, pero usted no dice nada de la tela —dijo el que estaba tejiendo.

—¡Ah! Es preciosa. Todo un encanto —aseveró el viejo ministro, mirando por sus anteojos—. Qué diseño y qué colores. Sí, voy a decirle al emperador que me agrada muchísimo.

—Bueno, eso nos alegra —contestaron ambos tejedores y llamaron a los colores por su nombre y alabaron su diseño especial.

El viejo ministro escuchó bien para poder decir lo mismo cuando regresara donde el emperador, y eso fue lo que hizo. Entonces los estafadores pidieron más dinero, seda y más oro, que utilizarían para el tejido. Todo lo escondieron en sus propios bolsillos mientras en el telar no había ni una hilacha, pero ellos siguieron como antes, fingiendo tejer en el telar vacío.

Luego, el emperador mandó a otro manso funcionario para ver cómo iba el tejido y si el traje estaría listo pronto. A este le fue igual que al otro ministro; miraba y miraba, pero como los telares estaban vacíos, no pudo ver nada.

—¿No es un bonito traje? —dijeron ambos estafadores, y mostraron y explicaron el lindo diseño, que ni siquiera estaba allí.

«No soy estúpido —pensó el hombre—. ¿Será que por cierto no sirvo para mi buen cargo? Es muy raro, pero debo actuar de manera que no se note». Y entonces alabó el traje que no vio, y les comunicó su regocijo por los lindos colores y el maravilloso diseño.

—Sí, todo un encanto —dijo al emperador. Toda la gente en la ciudad hablaba del magnífico traje. Y ahora era el emperador mismo quien quería ver el traje mientras todavía estaba en el telar.

Llegó con una nutrida comitiva de hombres elegidos — entre los cuales se encontraban los dos mansos viejos funcionarios que habían estado allí antes— donde los dos astutos estafadores, que seguían tejiendo con todas sus fuerzas, pero sin hebra ni hilo.

—Sí, ¿no es *magnifique*? —dijeron los dos mansos funcionarios—. Vea su Majestad, qué diseño, qué colores.

Y entonces apuntaron al telar vacío, pues pensaban que los otros probablemente podían ver el traje.

«¿Qué es esto? —se decía el emperador—, ¡yo no veo nada! Qué cosa más horrible. ¿Es que soy estúpido? ¿Será que no sirvo para emperador? Es lo más terrible que me haya podido suceder».

—Oh, es muy bonito —dijo el emperador—, tiene mi más grande aplauso —y asintió con su cabeza mientras miraba el telar vacío; él no iba a decir que no veía nada. Todo el séquito que lo acompañaba miraba y miraba, y no vieron nada más que todos los otros, pero dijeron lo mismo que el emperador: «Oh, es muy bello» y le aconsejaron ponerse este nuevo hermoso traje, por primera vez, en la gran procesión que estaba por suceder.

—Es *magnifique*. Gracioso, *excellent*. —Corrió la noticia de boca en boca, y todos estaban profundamente alegres con el suceso.

El emperador dio a cada estafador una Cruz del Caballero para colgarla en el ojal y les otorgó el título de jóvenes hidalgos tejedores.

(Hans Christian Andersen. “El traje nuevo del emperador”, *Cuentos*. Trad.: Brigitte Bonning. Bogotá: Panamericana, 2020)

Versión original: KEJSERENS NYE KLÆDER

Begge Bedragerne bad ham være saa god at træde nærmere og spurgte, om det ikke var et smukt Mønster og deilige Farver. Saa pegede de paa den tomme Væv, og den stakkels gamle Minister blev ved at spile Øinene op, men han kunde ikke see noget, for der var ingen Ting. "Herre Gud!" tænkte han, "skulde jeg være dum! Det har jeg aldrig troet, og det maa ingen Mennesker vide! skulde jeg ikke due til mit Embede? Nei det gaaer ikke an, at jeg fortæller, jeg ikke kan see Tøiet!"

"Naa, de siger ikke noget om det!" sagde den ene, som vævede!

"O det er nydeligt! ganske allerkjæreste!" sagde den gamle Minister og saae igjennem sine Briller, "dette Mønster og disse Farver! — ja, jeg skal sige Keiseren, at det behager mig særdeles!"

"Naa det fornøier os!" sagde begge Væverne, og nu nævnede de Farverne ved Navn og det sælsomme Mønster. Den gamle Minister hørte godt efter, for at han kunde sige det samme, naar han kom hjem til Keiseren, og det gjorde han.

Nu forlangte Bedragerne flere Penge, mere Silke og Guld, det skulde de bruge til Vævning. De stak Alt i deres egne Lommer, paa Væven kom ikke en Trevl, men de bleve ved, som før, at væve paa den tomme Væv.

Keiseren sendte snart igjen en anden skikkelig Embedsmand hen for at see, hvorledes det gik med Vævningen, og om Tøiet snart var færdigt. Det gik ham ligesom den anden, han saae og saae, men da der ikke var noget uden de tomme Væve, kunde han ingen Ting see.

"Ja, er det ikke et smukt Stykke Tøi!" sagde begge Bedragerne og viste og forklarede det deilige Mønster, som der slet ikke var.

"Dum er jeg ikke!" tænkte Manden, "det er altsaa mit gode Embede, jeg ikke duer til? Det var løierligt nok! men det maa man ikke lade sig mærke med!" og saa roste han Tøiet, han ikke saae, og forsikkrede dem sin Glæde over de skønne Couleurer og det deilige Mønster. "Ja det er ganske allerkjæreste!" sagde han til Keiseren.

Alle Mennesker i Byen talte om det prægtige Tøi.

Nu vilde da Keiseren selv see det, medens det endnu var paa Væven. Med en heel Skare af udsøgte Mænd, mellem hvilke de to gamle skikkelige Embedsmænd vare, som før havde været der, gik han hen til begge de listige Bedragere, der nu vævede af alle Kræfter, men uden Trevl eller Traad.

"Ja er det ikke magnifique!" sagde begge de skikkelige Embedsmænd. "Vil deres Majestæt see, hvilket Mønster, hvilke Farver!" og saa pegede de paa den tomme Væv, thi de troede, de andre vistnok kunde see Tøiet.

“Hvad for noget!” tænkte Keiseren, “jeg seer ingen Ting! det er jo forfærdeligt! er jeg dum? duer jeg ikke til at være Keiser? Det var det skrækkeligste, som kunde arrivere mig! “O det er meget smukt!” sagde Keiseren, “det har mit allerhøieste Bifald!” og han nikkede tilfreds og betragtede den tomme Væv; han vilde ikke sige, at han ingen Ting kunde see. Hele Følget, han havde med sig, saa og saa, men fik ikke mere ud af det, end alle de Andre, men de sagde ligesom Keiseren, “o det er meget smukt!” og de raadede ham at tage disse nye, prægtige Klæder paa første Gang, ved den store Procession, som forestod. “Det er magnifique! nysseligt, excellent!” gik det fra Mund til Mund, og man var allesammen saa inderligt fornøiede dermed. Keiseren gav hver af Bedragerne et Ridderkors til at hænge i Knaphullet og Titel af Vævejunkere.

(Hans Christian Andersen. “Kejserens nye Klæder”, *Eventyr, fortalte for Børn*. Ny Samling. I:3. København: C.A. Reitzel, 7. april 1837, p. 108-110)

3. EL SOLDADITO DE PLOMO

Había una vez veinticinco soldaditos de plomo, que eran hermanos, pues habían sido creados todos a partir de una vieja cuchara de plomo. Con su fusil al hombro, la mirada al frente y el uniforme azul y rojo, ¡qué aspecto más orgulloso tenían! Lo primero que oyeron en este mundo, cuando se levantó la tapa de la caja donde estaban guardados, fue el siguiente grito: «¡Soldaditos de plomo!», que había dado un niño al verlos, mientras aplaudía loco de contento. Los soldaditos eran un regalo de cumpleaños, y el niño lo pasaba en grande jugando a ponerlos en fila encima de la mesa. Todos los soldados eran idénticos, excepto uno, al que le faltaba una pierna. Había sido el último que habían echado en el molde y no quedaba suficiente plomo para acabarlo. A pesar de ello, se mantenía tan firme sobre su única pierna como sus compañeros sobre las dos. El protagonista de nuestra historia es precisamente este soldadito.

Sobre la mesa en la que estaban colocados nuestros soldados había otros muchos juguetes, y el más curioso de todos era un bonito castillo de papel. A través de sus pequeñas ventanas se veían perfectamente los salones de palacio, y por fuera había árboles pegados alrededor de un espejito que hacía de lago; en él nadaban varios cisnes de cera que se reflejaban en el cristal. Era una escena muy agradable, pero todavía más agradable era la damisela que se tenía en pie al lado de la puerta abierta del castillo. También ella era de papel; estaba vestida con un faldón de organza muy fina y vaporoso y, sobre los hombros, a modo de echarpe, llevaba una cinta azul muy fina que se abrochaba con una piedrecita brillante, tan grande como el óvalo de su cara. La damisela tenía los brazos alzados, pues era una bailarina, y una pierna levantada tan alto que el soldadito de plomo no podía verla; por eso creía que la damisela tenía, como él, una sola pierna.

«Ésta es la mujer que necesito por esposa», pensó el soldadito. «Pero es demasiado fina y delicada para mí; ella vive en un castillo y yo, en cambio, en una simple caja, junto a mis veinticuatro compañeros, y no tengo ni un rincón que ofrecerle. Bueno, no importa, de todas formas tengo que conocerla.»

Y con estas intenciones se tumbó detrás de una tabaquera. Desde allí podía espiar a sus anchas a la elegante damisela, que se mantenía sobre una pierna sin perder nunca el equilibrio.

Por la noche, guardaron a los demás soldados en su caja y los habitantes de la casa se fueron a dormir. Entonces los juguetes pudieron ponerse a jugar; primero jugaron a la gallinita ciega, después a la guerra y, por último, organizaron un baile.

(Hans Christian Andersen. “El soldadito de plomo”, *Mis cuentos preferidos de...*
Trad. Jimena Licitra. Barcelona: Combel, 2007, p. 69-70)

Versión original: DEN STANDHAFTIGE TINSOLDAT

Der var engang fem og tyve Tinsoldater, de vare alle Brødre, thi de vare fødte af en gammel Tinskee. Geværet holdt de i Armen og Ansigtet satte de lige ud; rød og blaa, nok saa deilig var Uniformen. Det Allerførste, de hørte i denne Verden, da Laaget blev taget af Æsken, hvori de laae, var det Ord: "Tinsoldater!" det raabte en lille Dreng og klappede i Hænderne; han havde faaet dem, for det var hans Geburtsdag, og stillede dem nu op paa Bordet. Den ene Soldat lignede livagtig den anden, kun en eneste var lidt forskjellig; han havde eet Been, thi han var blevet støbt sidst, og saa var der ikke Tin nok; dog stod han ligesaa fast paa sit ene, som de andre paa deres to, og det er just ham, som bliver mærkværdig.

Paa Bordet, hvor de bleve stillede op, stod meget andet Legetøi; men det, som faldt meest i Øinene, var et nydeligt Slot af Papir. Gjennem de smaa Vinduer kunde man see lige ind i Salene. Udenfor stode smaa Træer, rundt om et lille Speil, der skulde see ud som en Sø; Svaner af Vox svømmede derpaa og spillede sig. Det var altsammen nydeligt, men det Nydeligste blev dog en lille Jomfru, som stod midt i den aabne Slotsdør; hun var ogsaa klippet ud af Papir, men hun havde et Skjørt paa af det klareste Linon og et lille smalt blaat Baand over Skulderen ligesom et Gevandt; midt i det sad en skinnende Paillette, lige saa stor som hele hendes Ansigt. Den lille Jomfru strakte begge sine Arme ud, for hun var en Dandserinde, og saa løftede hun sit ene Been saa høit i Veiret, at Tinsoldaten slet ikke kunde finde det og troede, at hun kun havde eet Been ligesom han.

"Det var en Kone for mig!" tænkte han; "men hun er noget fornem, hun boer i et Slot, jeg har kun en Æske, og den ere vi fem og tyve om, det er ikke et Sted for hende! dog jeg maa see at gjøre Bekjendtskab!" og saa lagde han sig saa lang han var bag en Snuustobaksdaase, der stod paa Bordet; der kunde han ret see paa den lille fine Dame, som blev ved at staae paa eet Been, uden at komme ud af Balancen.

Da det blev ud paa Aftenen, kom alle de andre Tinsoldater i deres Æske og Folkene i Huset gik til Sengs. Nu begyndte Legetøiet at lege, baade at komme Fremmede, føre Krig og holde Bal...

(Hans Christian Andersen. "Den standhaftige Tinsoldat", *Eventyr, fortalte for Børn*. Ny Samling. Første Hefte. København: C.A. Reitzel, 2. oktober 1838, p. 121-122)

4. EL PATITO FEO

¡Oh, qué tiempo más estupendo hacía en el campo! Era verano. El trigo estaba amarillo; la avena, verde; el heno estaba ya almacenado en los almiarés y la cigüeña se sostenía sobre sus largas patas rojas y hablaba en egipcio, porque su madre le había enseñado ese idioma. Alrededor de los campos y de los prados se extendían grandes bosques, y en el centro de los bosques, profundos lagos. Sí, verdaderamente hacía un tiempo maravilloso en el campo. En pleno sol, se alzaba un antiguo castillo rodeado de profundo foso, y desde las murallas hasta el agua crecían bardanas de grandes hojas, tan altas, que los niños podían ocultarse en pie tras las más grandes. El lugar era tan silvestre como el bosque más enmarañado, y allí, precisamente, tenía su nido una pata. Estaba empollando a los polluelos que debían salir de los huevos, pero ya se estaba cansando, porque aquello duraba mucho tiempo. Además, nadie iba a verla. A los otros patos les gustaba más nadar en los fosos que permanecer bajo una hoja de bardana para charlar con la hembra.

Al fin, los huevos se abrieron uno tras otro y se oía: ¡Clac, clac! Todas las yemas de huevo se habían convertido en pollitos y sacaban la cabeza.

— ¡*Cuac, cuac!* — exclamó la madre, y los polluelos se movían tanto como podían y miraban a todas partes, y la madre los dejaba mirar tanto como quisieran, puesto que lo verde es bueno para los ojos.

— ¡Qué grande es el mundo! — decían los polluelos, porque, en verdad, eran dueños, ahora, de un espacio infinitamente mayor que el que ocupaban encerrados en los huevos.

— ¿Os creéis que esto es el mundo entero? — les decía su madre—. Se extiende muy lejos, por la otra parte del jardín, hasta el campo del reverendo. Yo jamás he estado allí... Estáis muy bien aquí, ¿no es así? — y se levantó—. ¡Oh, aún no han salido todos! El huevo más grande aún está entero. ¿Cuánto tiempo va a durar esto todavía? ¡Ya está bien!

— ¡Vaya! ¡Vaya! ¿Cómo va eso? — le dijo una pata vieja que llegó de visita.

— Dura demasiado. ¡Y por un huevo solo...! — dijo la pata acostada—. No se quiere romper. Pero ahora veréis a los otros. Son los polluelos más bonitos que he visto. Se parecen todos a su padre, ese sinvergüenza que no viene a verme.

— Déjame ver ese huevo que no quiere romperse — dijo la vieja—. Pero ¡si es un huevo de pava!, creedme. A mí también me engañaron de ese modo, y tuve grandes disgustos con los pequeños, porque temen al agua. No podía hacer que se decidieran a ir a ella. Los picoteaba y los graznaba, pero todo inútil... Dejadme verlo... Sí, sí, es un huevo de pava. Tenéis que despreocuparos de él y enseñar a nadar a los otros.

—Sin embargo, aún lo empollaré durante algún tiempo. Ya he estado tanto, que bien puedo continuar un poco más.

—Como queráis —dijo la anciana pata, y se fue.

Al fin, el huevo se rasgó. ¡Pip! ¡Pip!, dijo el pequeño al salir. Era grande y feo. La pata se le quedó mirando.

—Vaya un polluelo terriblemente gordo —dijo—. No se parece a ninguno de los otros. ¿Será un pollo de pavo? Bueno, eso lo sabré bien pronto. Es preciso que vaya al agua, aun cuando tenga que empujarle a patadas.

(Hans Christian Andersen. “El patito feo”, *Cuentos humorísticos y sentimentales*. Trad. Salvador Bordoy Luque y J. A. Fernández Romero. Arganda del Rey: Edimat, 2000 [T. I. Madrid: Aguilar, 1957], p. 99-100)

Versión original: DEN GRIMME ÆLLING

Der var saa deiligt ude paa Landet; det var Sommer, Kornet stod guult, Havren grøn, Høet var reist i Stakke nede i de grønne Enge, og der gik Storken paa sine lange, røde Been og snakkede ægyptisk, for det Sprog havde han lært af sin Moder. Rundtom Ager og Eng var der store Skove, og midt i Skovene dybe Søer; jo, der var rigtignok deiligt derude paa Landet! Midt i Solskinnet laae der en gammel Herregaard med dybe Canaler rundt om, og fra Muren og ned til Vandet voxte store Skræppeblade, der vare saa høie, at smaa Børn kunde staae opreiste under de største; der var ligesaa vildsomt derinde, som i den tykkeste Skov, og her laae en And paa sin Rede; hun skulde ruge sine smaae Ællinger ud, men nu var hun næsten kjed af det, fordi det varede saa længe, og hun sjældent fik Visit; de andre Ænder holdt mere af at svømme om i Canalerne, end at løbe op og sidde under et Skræppeblad for at snaddre med hende.

Endelig knagede det ene Æg efter det andet: »pip! pip!« sagde det, alle Æggeblommerne vare blevne levende og stak Hovedet ud.

»Rap! rap!« sagde hun, og saa rappede de sig alt hvad de kunde, og saae til alle Sider under de grønne Blade, og Moderen lod dem see saa meget de vilde, for det Grønne er godt for Øinene.

»Hvor dog Verden er stor!« sagde alle Ungerne; thi de havde nu rigtignok ganske anderledes Plads, end da de laae inde i Ægget.

»Troer I, det er hele Verden!« sagde Moderen, »den strækker sig langt paa den anden Side Haven, lige ind i Præstens Mark! men der har jeg aldrig været! - I ere her dog vel Allesammen!« - og saa reiste hun sig op, »nei, jeg har ikke alle! det største Æg ligger der endnu; hvor længe skal det vare! nu er jeg snart kjed af det!« og saa lagde hun sig igjen.

»Naa hvordan gaaer det?« sagde en gammel And, som kom for at gjøre Visit.

»Det varer saa længe med det ene Æg!« sagde Anden, som laae; »der vil ikke gaae Hul paa det! men nu skal Du see de andre! de ere de deiligste Ællinger jeg har seet! de ligne Allesammen deres Fader, det Skarn han kommer ikke og besøger mig.«

»Lad mig see det Æg, der ikke vil revne!« sagde den gamle. »Du kan troe, at det er et Kalkun-Æg! saaledes er jeg ogsaa blevet narret engang, og jeg havde min Sorg og Nød med de Unger, for de ere bange for Vandet, skal jeg sige Dig! jeg kunde ikke faae dem ud! jeg rappede og snappede, men det hjalp ikke! - Lad mig see Ægget! jo, det er et Kalkun-Æg! lad Du det ligge og lær de andre Børn at svømme!«

»Jeg vil dog ligge paa det lidt endnu!« sagde Anden; »har jeg nu ligget saalænge, saa kan jeg ligge Dyrehavstiden med!«

»Vær saa god!« sagde den gamle And, og saa gik hun.

Endelig revnede det store Æg. »Pip! pip!« sagde Ungen og væltede ud; han var saa stor og styg. Anden saae paa ham: »Det er da en forfærdelig stor Ælling den!« sagde hun; »ingen af de andre see saadanne ud! det skulde dog vel aldrig være en Kalkun-Kylling! naa, det skal vi snart komme efter! i Vandet skal han, om jeg saa selv maa sparke ham ud!«

(Hans Christian Andersen. "Den grimme Ælling", *Nye Eventyr*. Første Bind. Første Samling. København: C.A. Reitzel, 11. november 1843, p. 31-32)

5. LA PEQUEÑA VENDEDORA DE CERILLAS

Tenía las manos ateridas de frío. ¡Oh! ¡Le vendría tan bien el calor de una cerilla! ¡Ojalá pudiera sacar una del paquete, sólo una, frotarla contra la pared y calentarse un poco las manos! Se decidió a sacar una y... ¡pff!, ¡cómo brillaba y cuánto calentaba! ¡Como si fuera una vela gruesa, con aquella llama tan clara y tan cálida! La resguardaba en el hueco de la mano, para que el aire no la apagara. ¡Qué maravilloso resplandor! A la niña le pareció estar sentada junto a una gran estufa de hierro, de ésas que tienen bolas al pie y una puerta de latón brillante. En el interior ardía un fuego magnífico que calentaba de lo lindo. La pequeña quiso extender las piernas al calor de la estufa, pero ¿qué fue lo que pasó? La llama se apagó de repente, la estufa desapareció y la niña se encontró sentada en la calle, con el trocito de cerilla quemada en la mano.

Entonces encendió otra, que brillaba y ardía igual de bien, y en el lugar de la pared donde se proyectaba el resplandor de la llama se hizo un agujero, transparente como un velo. Ante la pequeña apareció el interior de un comedor y, en el medio, una mesa puesta con un mantel blanco resplandeciente, vajilla de porcelana fina y, sobre ella, un pavo asado, relleno de ciruelas y manzanas, que desprendía un aroma succulento. Pero lo más sorprendente de todo fue que el pavo saltó de la bandeja y rodó por el suelo, con un tenedor y un cuchillo clavados en la espalda, hasta que llegó al lado de la pobre niña. Pero justo en ese momento se apagó la cerilla, y ante ella volvió a aparecer la visión del frío y grueso muro.

La niña encendió otra cerilla. Entonces se vio sentada bajo el árbol de Navidad más esplendoroso del mundo, mucho más grande y cargado de adornos incluso que el que había visto hacía unos días, en Nochebuena, a través de los cristales de la puerta, en casa de aquel rico comerciante. Entre las ramas brillaban suspendidas mil velas, y colgaban figuritas de todos los colores, como las que adornan los escaparates. La pequeña tendió las dos manos y la cerilla se apagó. Las velas de Navidad subieron cada vez más alto por los aires, y entonces se dio cuenta de que no eran otra cosa que las estrellas. Una de ellas trazó un surco de fuego en el cielo.

—Alguien se está muriendo —dijo la niña, pues su anciana abuela, la única persona que le había dado cariño, pero que ya había muerto, le había explicado un día: «Cuando cae una estrella, es que un alma está subiendo al cielo».

Encendió otra cerilla en la pared: se hizo una luz deslumbrante y en medio de ella apareció su abuela de pie, ¡tan dulce, tan radiante!

—¡Abuelita! ¡Llévame contigo! Cuando se apague la cerilla, desaparecerás, igual que la estufa, y que el pavo, y que el hermoso árbol de Navidad.

(Hans Christian Andersen. “La pequeña vendedora de cerillas”, *Mis cuentos preferidos de...* Trad. Jimena Licitra. Barcelona: Combel, 2007, p. 114-115)

Versión original: DEN LILLE PIGE MED SVOVLSTIKKERNE

Hendes smaa Hænder vare næsten ganske døde af Kulde. Ak! en lille Svovlstikke kunde gjøre godt. Turde hun bare trække een ud af Bundtet, stryge den mod Væggen og varme Fingrene. Hun trak een ud, »ritsch!« hvor spruddede den, hvor brændte den! det var en varm, klar Lue, ligesom et lille Lys, da hun holdt Haanden om den; det var et underligt Lys! Den lille Pige syntes hun sad foran en stor Jernkakkellovn med blanke Messingkugler og Messingtromle; Ilden brændte saa velsignet, varmede saa godt! nei, hvad var det! - Den Lille strakte allerede Fødderne ud for ogsaa at varme disse, - - da slukkedes Flammen, Kakkellovnen forsvandt, - hun sad med en lille Stump af den udbrændte Svovlstikke i Haanden.

En ny blev strøget, den brændte, den lyste, og hvor Skinnet faldt paa Muren, blev denne gjennemsigtig, som et Flor; hun saae lige ind i Stuen, hvor Bordet stod dækket med en skinnende hvid Dug, med fiint Porcelain, og deilig dampede den stegte Gaas, fyldt med Svedsker og Æbler! og hvad der endnu var prægtigere, Gaasen sprang fra Fadet, vraltede hen af Gulvet med Gaffel og Kniv i Ryggen; lige hen til den fattige Pige kom den; da slukkedes Svovlstikken og der var kun den tykke, kolde Muur at see.

Hun tændte en ny. Da sad hun under det deiligste Juletræ; det var endnu større og mere pyntet, end det hun gennem Glasdøren havde seet hos den rige Kiøbmand, nu sidste Juul; tusinde Lys brændte paa de grønne Grene og brogede Billeder, som de der pynte Boutikvinduerne, saae ned til hende. Den Lille strakte begge Hænder i Veiret - da slukkedes Svovlstikken; de mange Julelys gik høiere og høiere, hun saae de vare nu de klare Stjerner, een af dem faldt og gjorde en lang Ildstriben paa Himlen.

»Nu dør der Een!« sagde den Lille, for gamle Mormoer, som var den Eneste, der havde været god mot hende, men nu var død, havde sagt: naar en Stjerne falder, gaaer der en Sjæl op til Gud.

Hun strøg igjen mod Muren en Svovlstikke, den lyste rundt om, og i Glandsen stod den gamle Mormoer, saa klar, saa skinnende, saa mild og velsignet.

»Mormoer!« raabte den Lille, »O tag mig med! jeg veed, Du er borte, naar Svovlstikken gaaer ud; borte ligesom den varme Kakkellovn, den deilige Gaasesteg og det store velsignede Juletræ!«

(Hans Christian Andersen. "Den lille Pige med Svovlstikkerne", *Nye Eventyr*. Bind II:2. København: C.A. Reitzel, 11. november 1848, p. 154-155)

(Hans Christian Andersen. "Den lille Pige med Svovlstikkerne", Frølund, Casp. Fred. Soph. *Dansk Folkekalender for 1846*. Fred. Frølund & Flinch, 1845, p. 134-135)